

y desdican de ella los deseos divinos de elevar a la Santísima Virgen a un orden infinitamente superior al de todos los santos y ángeles, no menos que el amor que Dios puso en Ella desde el momento que fué decretada para Madre del Hijo, el cual amor debía de ser proporcionado al que tenía al Hijo mismo, y, por lo tanto, muy superior al que profesaba a todas las criaturas juntas.

Pero, repetimos que, no es nuestro propósito ocuparnos ahora en esa primera santificación de la divina Niña, sino de la que Ella adquirió, y no en todo el periodo de su vida, sino durante su primera infancia, o, por mejor decir, antes de que llegara a salir palabra alguna del panal de sus labios.

Aunque se discute entre los teólogos si aquel uso de razón que fué concedido a la Santísima Virgen para que se preparara a recibir la primera gracia en el instante de su concepción, lo retuvo de una manera habitual, haciendo, mediante la ciencia infusa por la que conocía a Dios, como la esposa conoce al amante esposo que se revela a ella del mejor modo que puede, actos incesantes de amor divino, todos convienen en que, por lo menos, usó de él en distintas ocasiones, aun estando en las entrañas castísimas de Santa Ana; pues no era debido que gracia tan singular estuviese parada, que corazón tan puro no latiese alguna vez a impulsos del amor divino, que Dios dejase de recibir la gloria de aquella alma, que, sin haber nacido a la vida, podía glorificarlo más que todas las criaturas juntas, y que Dios y Ella dejasen de regalarse con la mutua correspondencia de sus inefables amores.

Y mucho más ha de asegurarse que tuvo perfectísimo uso de razón la Divina Infantita, al menos, intermitentemente desde que abrió sus ojos al mundo hasta que empezó a hablar; aquel acto primero de ofrecimiento a Dios, parecido al que el Verbo hizo de sí mismo al Padre, cuando recibió la naturaleza humana, fué de masiado grato a la Divinidad para no hacer que se repitiera, y el estado del mundo era demasiado triste para que aquella divina Niña no pidiera al Señor que le concediera darle Ella la gloria que locamente le quitaban los hombres. Y así, por mutuo deseo de Dios y de la niña María se convertiría ésta en intensísimo suspiro de la humanidad para que las nubes lloviesen al Justo, como única manera de que el amor divino prendiese a manera de fuego en todos los corazones.

Por otra parte, ha de tenerse por cierto que la Santísima Virgen mereció aumento de gracia y de caridad en cada uno de sus actos, y que dicho aumento lo recibió inmediatamente después de haberse ejercitado en alguna acción virtuosa, porque si es cierto que San Buenaventura y Durando sostienen que por los actos remisos de caridad nadie merece aumento de la misma, y que Santo Tomás, aunque afirma que con dichos actos se merece, sin embargo, enseña que el premio o aumento de gracia no se recibe hasta que se hacen actos de caridad más intensa, o hasta el final de la vida, estas opiniones no pueden aplicarse a la Santísima Virgen en